

T. BLANCH – J. A. LABARI

Los **BUSCA**

Pistas

El caso del
castillo encantado



Pepa Pistas y Maxi Casos descubrirán que el librero de su barrio esconde muchos secretos...

Pepa y Maxi han decidido abrir una agencia de detectives en la casita de madera abandonada de Pulgas, el perro de Pepa. En su primer caso, deberán descubrir qué secreto esconde el castillo de la familia Vamp...

¡No te lo pierdas! ¡Conviértete en detective con Pepa Pistas y Maxi Casos!



Estos son **PULGAS**,
el sabueso de la agencia, y
BEBITO, el hermano de Pepa.

Su superchupete ha sacado a
Los Buscapistas de más
de un apuro.



**AGENCIA
LOS BUSCAPISTAS**

Situada en la antigua casa
de Pulgas.



**EL ANÓNIMO
DEL ANTIFAZ**, un extraño
personaje que ayuda a Lo
Buscapistas... pero ¿quién
se oculta bajo ese antifaz?
¡Busca pistas y descubre
su identidad!



**NO PIERDAS DE VISTA LA
MISTERIOSA ARMADURA...**





Maxi Casos se detuvo frente a la verja del jardín de Pepa Pistas. A su lado, la madre de Maxi daba las últimas instrucciones a su hijo para el fin de semana, mientras Mouse, su mascota, asomaba el hocico desde la capucha de la sudadera.

—¡Pórtate bien! —advirtió la señora Casos, y estampó un sonoro beso en la mejilla del niño—. Y diviértete mucho.



Maxi asintió y la observó alejarse apresuradamente hacia el supermercado en el que trabajaba. Luego se dirigió hacia la puerta principal e hizo sonar el timbre:



—¡Hola! —saludó el niño cuando la señora Pistas abrió, con una cría de cobaya en sus brazos—. ¿Y este?

—Uno de mis pacientes. —La madre de Pepa era veterinaria y acostumbraba a llevar a casa a sus clientes más pacíficos—. ¿Preparado para un increíble fin de semana con el abuelo?

Maxi sonrió. Bebito, el hermano pequeño de Pepa, apareció cabalgando sobre el lomo de Pulgas.



—¡Bájate de ahí! ¡Menudo trasto estás hecho! —Era la voz del señor Pistas que asomaba la nariz desde la puerta de su estudio. El padre de Pepa pasaba casi todas las horas del día encerrado frente a su ordenador, escribiendo novelas de misterio.

—Pepa está en su habitación... Adelante, conoces el camino. —Y la señora Pistas volvió a sus quehaceres.



Maxi conocía aquella casa como la palma de su mano, porque pasaba allí la mayor parte del tiempo libre. Y es que Pepa y Maxi eran amigos desde...



El niño sonrió al recordar el día en que se adueñaron de la casita de Pulgas y la convirtieron en la Agencia de Detectives Los Buscapistas.

Maxi se apresuró a subir las escaleras hasta la primera planta. Cuando entró en la habitación, lo primero que vio fue a Pepa peleándose con su bolsa de viaje.



—¿Qué haces? —Maxi dejó la maleta sobre la cama.

—¡La cremallera se ha atascado! —exclamó la niña con la cara enrojecida por el esfuerzo.

—Déjame ver. Si tiro con fuerza seguro que...

Y ante la cara de asombro de Pepa, Maxi se quedó con la cremallera en la mano.

—¡Uy! Se ha roto... —dijo mirando atónito la lengüeta.



Pepa dejó escapar un leve suspiro de resignación y sin perder tiempo se dirigió al armario en busca de otra bolsa en la que guardar sus cosas.

—¿Has traído el kit de detectives? —quiso saber Pepa.

—No lo vamos a necesitar.

Pepa pensó que su amigo tenía razón. Los fines de semana con el abuelo eran tranquilos: excursiones por el bosque, salidas en bicicleta, juegos de mesa... Por eso decidió llevarse el libro de Detectives y sabuesos, su serie favorita protagonizada por el inspector Lupita y su sabueso Olfato, que tenía a medio leer.

—Por cierto, ¿adónde iremos? —preguntó Maxi.

—¡Ni idea! —respondió Pepa—. Solo sé que conoceremos a unos viejos amigos suyos. ¡Nada más!

En aquel instante, un auto rojo y destartalado, que parecía a punto de desarmarse en cualquier momento, se detu-

vo bruscamente frente a la verja del jardín de la familia Pistas e hizo sonar suavemente el claxon un par de veces.

—¡El abuelo ha llegado! —exclamó desde el exterior la madre de Pepa.

Pepa y Maxi se apresuraron a recibirlo y, tras dejar el equipaje en el maletero y despedirse de la familia, ocuparon los asientos traseros del coche.



—¿No habéis olvidado nada? —preguntó el abuelo.

Pepa y Maxi asintieron con la cabeza.

—¡Entonces pongamos rumbo a...! —El abuelo puso en marcha el vehículo.

—¿Hacia dónde, abuelo?! —exclamó Pepa impaciente.

—¡Hacia...! —El abuelo enmudeció de inmediato.

La madre de Pepa se plantó de un salto a un lado del coche. Llevaba el móvil pegado a la oreja y hacía movimientos con los brazos pidiendo que se detuvieran. Cuando estuvo segura de que no se movían, corrió al interior de la casa.



El abuelo se volvió hacia los niños:

—¿Seguro que no habéis olvidado nada?

Pepa y Maxi volvieron a afirmarlo con un movimiento de cabeza, y Mouse asomó el hocico desde su escondite mientras roía un pedacito de queso. En el exterior había empezado a oscurecer y caían las primeras gotas de lo que acabaría en tormenta.

La madre de Pepa apareció cargada con una bolsa y la sillita para coche de Bebito.

—¡Abrid! —ordenó a los niños.

A continuación, apareció el señor Pistas con su hijo pequeño en brazos.

—Bebito irá con vosotros —dijo el señor Pistas.

—Pero ¿cómo voy a llevarme a un bebé a...? —El abuelo se rascó la cabeza pensativo y descendió del coche.



—Se trata de una urgencia que puede tenerme fuera todo el fin de semana —explicó la madre de Pepa—. Una de mis pacientes dará a luz en cualquier momento, y tengo que irme de inmediato.

—¿Y esta vez no puedes tener a tu paciente en casa, como acostumbras hacer? —preguntó el abuelo.

—¡Cómo voy a traer una vaca a casa!

Y el abuelo, sin apenas pestañear, miró al padre de Pepa:

—¿Y tú no puedes cuidar de...?

—¡Imposible! Debo terminar una novela. Mi editor dice que, si no la entrego el lunes, rodarán cabezas. —El padre de Pepa tragó saliva y se pasó la mano por el cuello.

Un terrible relámpago iluminó el cielo. El abuelo se acomodó de nuevo en su asiento y puso el auto en marcha rumbo a...

—¿A...? —preguntó Maxi. Pero no obtuvo respuesta porque el abuelo estaba de mal humor.

Así pues, el auto destartado del abuelo enfiló una carretera de curvas que discurría por una elevada colina. El vaivén del vehículo acunó a los niños de tal forma que los durmió.



Cuando el coche se detuvo, todavía llovía y los relámpagos daban un aspecto fantasmagórico al paisaje. El abuelo hizo sonar el claxon y se abrió una enorme puerta de hierro forjado. Se pusieron nuevamente en marcha hasta detenerse por completo frente a un espléndido castillo coronado por un torreón.

La puerta principal se abrió y de la penumbra apareció una silueta gigantesca que con pasos pesados se acercó al vehículo.



Tras echar un vistazo y comprobar que los niños dormían, el abuelo se apresuró a abandonar el coche. En ese mismo instante, la silueta corrió hacia él y lo envolvió por completo. Luego se oyeron susurros entremezclados con el ruido de los truenos, el fuerte viento y una sonora risotada que estremeció la tierra.

¡JAJAJAJAJAJAJAJAJA!

A Mouse se le erizaron los pelos de las orejas y se refugió en la capucha de Maxi.